

África para los africanos

por Diego Buffa* y María José Becerra**

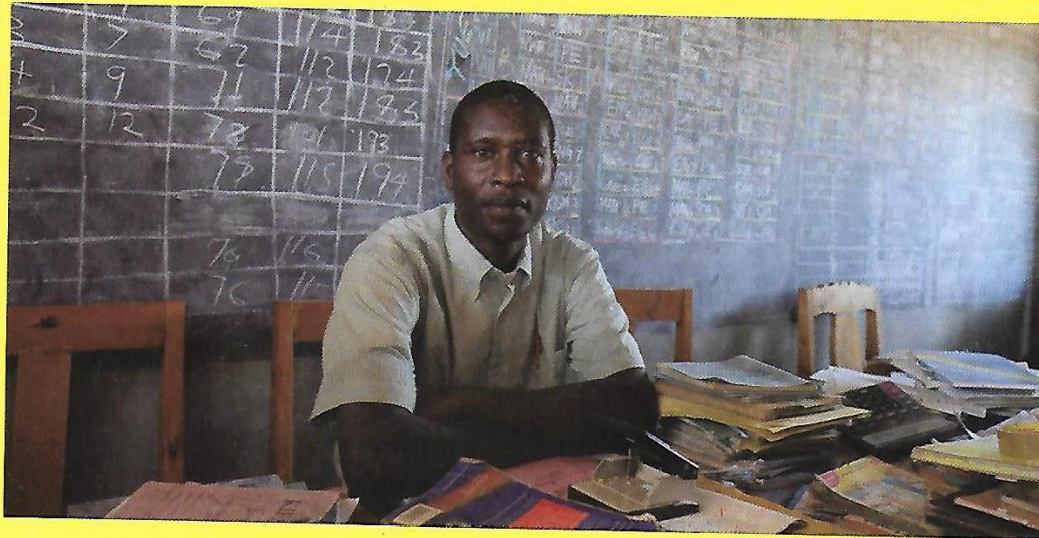
Devastada por la trata de esclavos, el colonialismo depredador y las injerencias neocoloniales, el África subsahariana vivió un proceso independentista sumamente conflictivo, que no alcanzó el desarrollo esperado y sumió a la región en nuevas dependencias. Hoy, a pesar de numerosos conflictos en curso y de flagrantes fracturas sociales, el continente negro avanza en su pacificación y democratización, busca fortalecer la sociedad civil y vive un proceso de crecimiento acelerado, inédito en su historia. Pero el camino para construir sociedades libres, prósperas y equitativas es extremadamente sinuoso.

Poco se sabe sobre África y mucho de lo que se cree saber está impregnado de prejuicios, de nociones erróneas construidas a partir de un discurso eurocéntrico, “civilizatorio”, que encorsetó y estigmatizó a la región como salvaje y sin historia hasta la llegada del hombre europeo.

Se suele recordar que el origen de la humanidad está en el continente negro, con aquel primer homínido, más parecido a un simio que al hombre actual. No obstante, es mucho más difusa la certeza – comprobada y corroborada científicamente – de que los restos más antiguos del *homo sapiens* también se encuentran en el África subsahariana. La ponderación de una información sobre la otra no ha hecho más que justificar y reforzar la noción del “primitivismo” de los subsaharianos.

Tampoco se sabe mucho acerca de los grandes “reinos del oro” del África Occidental (Ghana, Malí, Gao); no sólo sobre su existencia, sino sobre sus estructuras políticas, sociales y productivas. Por ejemplo, el hecho de que, previo a la llegada de los europeos a América, el África subsahariana proporcionaba, a través de un comercio por demás dinámico, las dos terceras partes del oro circulante en Europa. Los relatos del cronista egipcio Ibn Fadl Allah al-Umari, en 1342, recogen antiguas tradiciones orales del Imperio de Malí que narran las dos expediciones – compuestas por hasta 2.000 embarcaciones – que zarparon en 1311 desde la costa de Senegal en dirección al oeste, con el objetivo de descubrir nuevas tierras más allá del Atlántico. El mansa Abubakari II, monarca del Imperio de Malí, formó parte de la segunda de ellas, para nunca más volver a su reino. Hay quienes aseguran que la expedición de Abubakari II habría llegado a las costas de Pernambuco (Brasil), con el solo apoyo argumentativo de la similitud fonética de este nombre con el de “Boure bambouk”, que significa “campos de oro” en lengua mandinga. O que las generosas acciones del mansa Musa – sucesor de Abubakari II – en su peregrinación hacia La Meca distorsionaron de tal manera el mercado del oro en la región que por cerca de una década dicho metal se halló devaluado. Se trata del único caso en la historia en el que un solo hombre controló directamente el precio del oro en todo el Mediterráneo. Durante su reinado, Malí fue uno de los centros académicos de excelencia de la época. Los estudios de matemáticas, geografía, astronomía, química, historia, así como los estudios islámicos, florecieron en Tombuctú. La ciudad llegó a albergar unos 25.000 estudiantes, provenientes de distintas latitudes.

El África subsahariana ha sido presentada, reiteradas veces, como un espacio aislado hasta la llegada del conquistador europeo. Lejos de ello, no solamente se vinculó desde los tiempos más remotos de la historia con otros espacios geográficos a través de los primeros movimientos migratorios, sino que estableció contactos comerciales regulares con múltiples regiones del planeta. Existen registros de las relaciones con Europa, Medio Oriente, India, pero también con la China imperial durante las dinastías Song y Ming. Estos

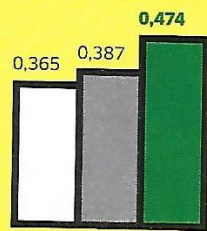


Maestro. La apuesta a la enseñanza es central para el desarrollo del continente negro. Según UNICEF, entre 2000 y 2010, los países del África subsahariana incrementaron en más del 6% anual el gasto real en educación.

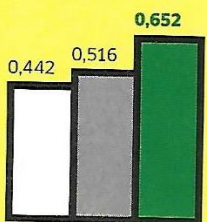
Evolución del Índice de Desarrollo Humano

(1980, 1990, 2012)

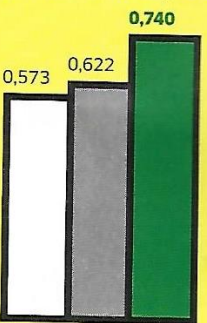
África subsahariana



Estados árabes



América Latina y el Caribe



■ 1980 ■ 1990 ■ 2012

Relegados

En 2012, los últimos diez lugares del ranking del Índice de Desarrollo Humano del PNUD estaban ocupados por países del África subsahariana: Guinea, Burundi, República Centroafricana, Eritrea, Malí, Burkina Faso, Chad, Mozambique, Níger, República Democrática del Congo.

contactos no sólo influyeron en lo estrictamente comercial sino que propiciaron un intercambio cultural plasmado en la presencia del islam en África Occidental desde el siglo VIII o en la conformación de lenguas francas, como el swahili –producto del sincretismo entre el bantú, el árabe, el hindi y el portugués (Portugal fue la primera potencia europea en llegar al África subsahariana)–. Hoy el swahili es una de las principales lenguas en Tanzania, Uganda, Kenia, Mozambique y República Democrática del Congo.

Una colonización destructiva

El primer retroceso se produjo durante los años de la esclavitud, en particular de la trata atlántica, cuando la población africana fue diezmada de su capital más valioso, los jóvenes. La esclavización implicó la instauración del terror; la caza del hombre por el hombre; la muerte presente en la captura, en el traslado o, al poco tiempo de su llegada a América, en las extenuantes jornadas laborales. Y también significó el desarraigo, la desestructuración como personas y miembros de comunidades, que a su vez se fragmentaron en dicho proceso (ver Diop-Maes, pág. 7). Al saqueo de capital humano, debe sumarse el desplazamiento de pueblos, que huían de las huestes esclavistas, la destrucción de los mecanismos de producción para satisfacer las necesidades básicas, etc. Los mossi, que llamaban *panga* a este poder destructor de la esclavitud, decían: “Cuando la fuerza de la *panga* avanza por el camino, la justicia huye campo traviesa”.

Desde entonces, los esclavizados se constituyeron en la tercera raíz cultural de América. Su imprevista religiosa, lingüística, culinaria, entre otras,

supo forjar lo que la sociedad americana es en el presente. Sólo América Latina, en la actualidad, cuenta con una población de cerca de 200 millones de afrodescendientes.

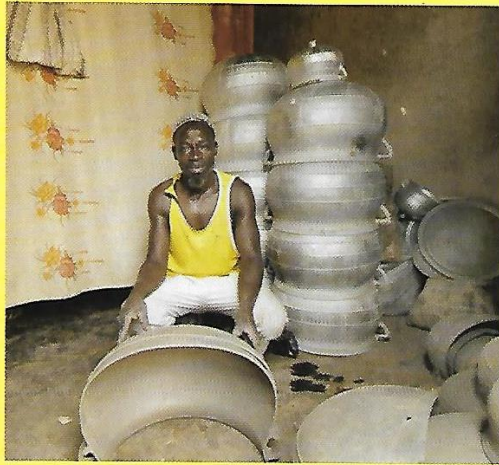
Durante la colonización del continente negro a finales del siglo XIX, el discurso “civilizatorio” alcanzó su máxima expresión, recubierto de categorías pseudocientíficas. Su matriz estructurante fue la lente con la que, hasta el día de hoy, muchos miraron a África: bárbara, tribal, definida por su raza. La región fue presentada como un continente sin Historia, estático, aislado del resto del mundo, carente de desarrollo cultural y económico propio. Bajo este prisma, el mundo parecía, de hecho, estar dividido entre lo moderno y lo premoderno: lo moderno “hacía” y producía cultura; lo premoderno vivía bajo una cultura eterna. A su vez, la concepción positivista decimonónica, anclada en la construcción de la Historia a través de las fuentes escritas, marginó y descalificó a las culturas ágrafas, relegándolas al espacio de la prehistoria e inhabilitándolas para rescatar su pasado. El escritor nigeriano Chinua Achebe (1930-2013) solía criticar esta visión de África mediante un proverbio ibo que dice: “Hasta que los leones tengan sus propios historiadores, las historias de cacería seguirán glorificando al cazador”.

El siglo XIX no sólo encarnó la irrupción de un discurso descalificador hacia la región y sus habitantes desde las ciencias (1), sino que materializó la colonización del continente a partir de la Conferencia de Berlín (1884-1885) por parte de Gran Bretaña, Francia, Alemania, Portugal, España, Bélgica e Italia. Esta colonización implicó una nueva sumisión de los africanos, a través de tres agentes clave: los militares, →

Hambruna

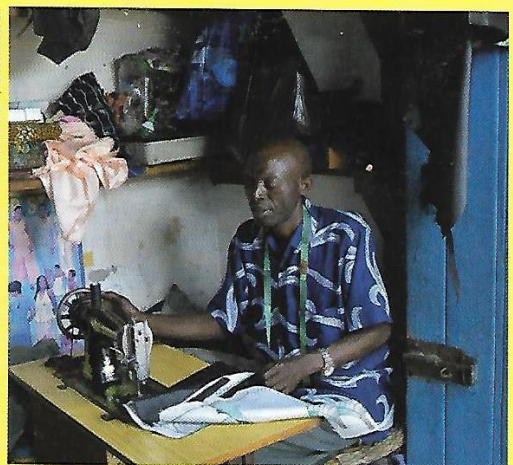
Un informe de la ONU presentado en mayo de 2013 señaló que entre octubre de 2010 y abril de 2012 unos 258.000 somalíes –la mitad, niños menores de cinco años– murieron debido a la grave crisis alimentaria que asola al país.

© africa924 / Shutterstock



Artesanado. La ausencia de inversión mantiene a muchas empresas en una pequeña escala de producción.

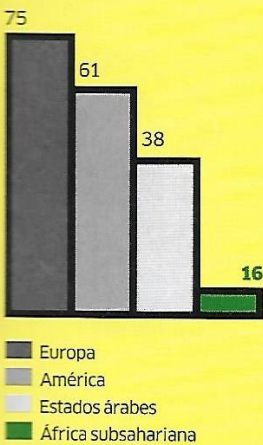
© africa924 / Shutterstock



Cuentapropismo. Muchos africanos viven de negocios informales. Los jóvenes casi no tienen empleos en blanco.

Usuarios de internet

(cada 100 personas, 2013)



Presencia asiática

Japón sigue los pasos de China en el continente negro, en busca de materias primas y mercados en crecimiento. En 2012, las IED japonesas en África alcanzaron los 6.000 millones de dólares. Japón también incrementó su ayuda al desarrollo y su presencia, directa y financiera, en operaciones de mantenimiento de la paz.

→ los mercaderes y los misioneros. Entre sus legados estructurales figuran la delimitación artificial de las fronteras y la manipulación de la etnicidad.

La inserción de África al sistema capitalista se concretó a través de legislaciones coercitivas, el fomento de las migraciones del ámbito rural al urbano, la creación de un ejército de asalariados que dependía de las comunidades domésticas para garantizar su reproducción, perfilando así una economía extractiva con escasa inversión de capitales, periférica y proveedora de insumos en pos de garantizar la nueva división internacional del trabajo, surgida al calor de la segunda revolución industrial.

El desarrollo frustrado

Posteriormente, en el proceso de las independencias en África subsahariana intervinieron una multiplicidad de actores que contribuyeron, cada uno desde sus distintas esferas de influencia, y articulándose en ocasiones, a una nueva etapa que pretendía acabar con el agravio y la dependencia a los que había sido sometida la región. Cabe destacar el rol protagónico del Comité de Descolonización de las Naciones Unidas, de Estados Unidos y la Unión Soviética, superpotencias surgidas de la Segunda Guerra Mundial, las sinergias con el movimiento independentista asiático a partir de la Conferencia de Bandung en 1955 y con otros Estados periféricos a través del Movimiento de Países No Alineados y el Grupo de los 77. Por su parte, los movimientos insurgentes armados, los partidos políticos, las organizaciones sindicales y la elite educada en el extranjero fueron algunos de los agentes locales que hicieron oír sus reclamos independentistas.

Este cambio de estatus –de colonias a naciones independientes– inauguró un escenario esperanzador en el ámbito de las representaciones políticas y pa-

ra el desarrollo autónomo de los países. Pero, al igual que en otras regiones periféricas del mundo, el nuevo camino no estuvo exento de obstáculos de diversa índole. A poco de transitar la independencia, la mayoría de los regímenes africanos adoptaron el sistema de partido único o “Partido-Estado”, considerado el instrumento adecuado para forjar la conciencia nacional, promover el desarrollo económico y social, fortalecer el Estado y salvaguardar la independencia. Estos regímenes, en los cuales el Estado se confundió con el partido único, estimularon la personalización del poder, el patrimonialismo, el clientelismo, en muchas ocasiones con altas dosis de corrupción y nepotismo. Propiciaron al mismo tiempo un cercenamiento de toda voz opositora, e institucionalizaron la violencia como mecanismo para dirimir todo tipo de tensiones entre los intereses políticos y sociales. Una matriz que impregnó a los regímenes subsaharianos hasta los años 90. Dicho modelo resultó funcional a los intereses tanto de las burguesías locales como de las superpotencias, que supieron dirimir sus disputas en territorio africano, o incluso de los resabios neocolonialistas representados a través de vínculos renovados entre las burguesías de las antiguas metrópolis y sus discípulos locales.

Simultáneamente, los primeros años del proceso independentista conocieron una fuerte presencia del Estado-Nación en el diseño, promoción y puesta en marcha de las políticas de desarrollo. La vieja dicotomía discursiva civilización-barbarie que estigmatizó a la región y que fue esgrimida desde los centros hegemónicos, pasó a ser reconfigurada en los términos desarrollo-subdesarrollo. Mediante un falaz paternalismo, las antiguas metrópolis, ahora autoproclamadas “donantes”, conjuntamente con las dos superpotencias, buscaron imponer sus recetas

© Mark Schietmair / Shutterstock



Minería. La explotación de los recursos mineros por parte de grandes empresas sudafricanas y transnacionales es una importante fuente de conflictos, debido a las condiciones laborales y a los escasos beneficios que redistribuyen.

para que la región sorteara su subdesarrollo, ya sea por una vía de transición de orden capitalista u otras de carácter socialista.

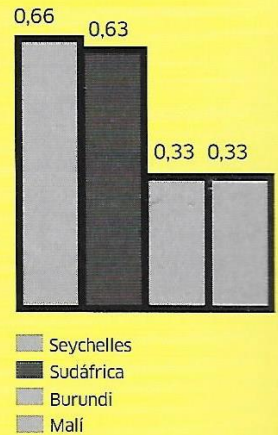
Hacia los años 80, el cambio de la coyuntura económica internacional vinculada con la modificación de los hábitos de consumo y el progreso tecnológico tuvo como consecuencia la reducción del carácter estratégico, y por lo tanto ventajoso, de las materias primas africanas. Para 1987, el continente africano acumulaba una deuda de 218.000 millones de dólares, casi tres veces el equivalente a sus ingresos anuales. Un año antes había comenzado un proceso por el cual el flujo de dinero que emigraba era considerablemente superior al que llegaba en forma de nuevos créditos, de “ayuda”, etc.

mo correlato una aguda crisis de gobernabilidad.

La última década del siglo XX representó el momento más álgido de crisis en la región. El fin de la disputa Este-Oeste significó, sin duda alguna, un punto de inflexión en el capital estratégico de los Estados poscoloniales subsaharianos. Se produjo una abrupta cancelación de las prebendas o “contratos de mantenimiento”, propiciados hasta entonces por las dos superpotencias mundiales en su búsqueda por garantizar lealtades y consolidar sus respectivas áreas de influencia en la región. Asimismo, la paulatina desfinanciación de la región desde los años 80, producto de la crisis de la deuda y la fatiga de los “dominantes”, y las condicionalidades impuestas por los organismos financieros internacionales, entre otras

Desigualdad de ingresos

(Coeficiente de Gini, 2005-2012)



Apartheid sanitario

Continente de pandemias (sida, tuberculosis y paludismo principalmente), el África subsahariana aún está lejos de acceder a los medicamentos básicos y sufre de una falta aguda de personal de salud (1 millón de profesionales según los informes Objetivos del Milenio), que en gran parte emigran para trabajar en los países desarrollados.

Fue presentado como un continente sin historia, estático y aislado del mundo, carente de desarrollo cultural y económico propio.

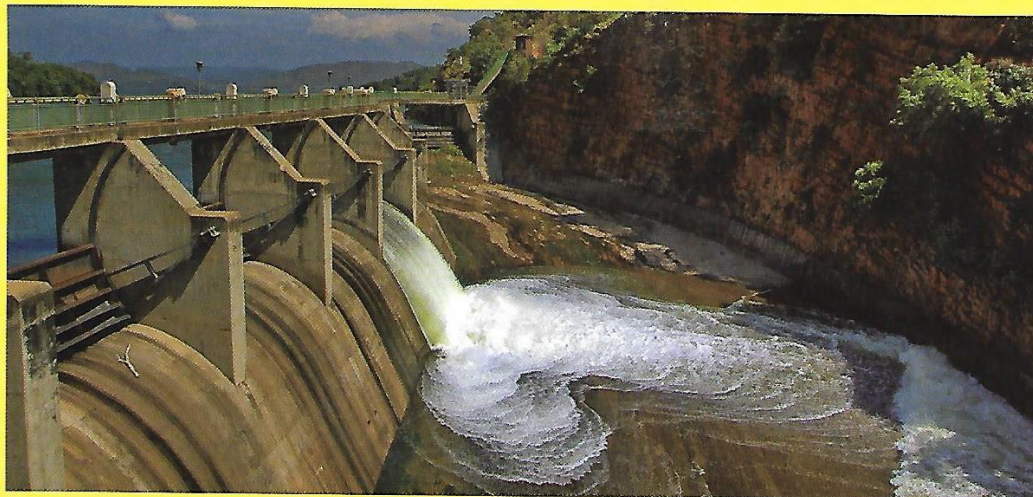
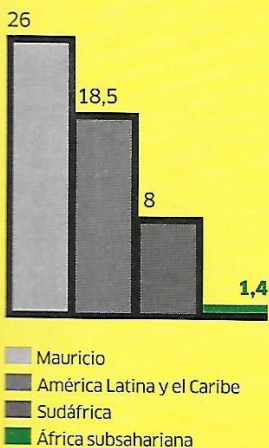
La región, de forma mayoritaria, fue objeto de una condicionalidad económica caracterizada por la irrupción de los programas de ajuste estructural, el libre mercado, la reducción del gasto público y el consumo, la privatización de las empresas estatales y para-estatales, el cese de los subsidios a los bienes de primera necesidad y proyectos sociales de salud y educación. El consecuente repliegue del Estado como motor de las políticas públicas y sociales –corolario de las exigencias de los organismos financieros internacionales para liberar fondos para la región– llevó a la disminución acelerada de su estructura política y de sus capacidades de control del mercado, socavando su legitimidad interna y provocando co-

variables exógenas, contribuyeron a alterar el espacio geopolítico, estimulando el colapso y las tensiones hacia el interior de un significativo número de Estados. Se fue imponiendo una nueva condicionalidad, en este caso de orden político, que restringiría la ayuda a aquellos países que adscribieran a lo que se dio en llamar las “políticas de buen gobierno”: democracia, pluripartidismo, respeto a los derechos humanos...

Por otra parte, la región se vio afectada por “la maldición de los recursos”, en el contexto de un mundo globalizado, sufriendo la pérdida de su soberanía estatal, la intromisión de nuevos actores y la construcción de un discurso justificador de la violencia vinculado a la avaricia y el agravio, plasmado en la narrativa de →

Líneas telefónicas

(cada 100 personas, 2012)

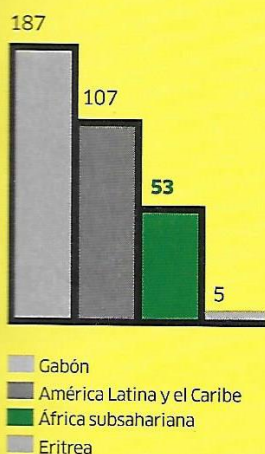


© Ilio Iliy / Shutterstock

Energía. En muchos países de la región, la falta de infraestructura deriva en permanentes cortes de corriente eléctrica.

Teléfonos celulares

(cada 100 personas, 2012)



Al borde de la anarquía

Tras el golpe de Estado que derrocó al presidente François Bozizé en marzo de 2013, la situación en República Centroafricana no hace más que agravarse. El país sirve actualmente de retaguardia a grupos armados de Chad o Sudán que se aprovechan de la porosidad de sus fronteras.

→ “las nuevas guerras” y “la economía política de la guerra”. Frente al nuevo carácter de los conflictos intraestatales y, en palabras de la ONU, las “complejas emergencias políticas” –entendidas como la conjunción de diversos elementos tales como el desmoronamiento de la economía formal y de las estructuras estatales, los conflictos civiles, las hambrunas, las crisis sanitarias, el éxodo de la población, etc.– los procesos de paz y el intervencionismo humanitario fueron tornándose cada vez más habituales. Se volvieron, al mismo tiempo, mucho más complejos debido a la heterogeneidad de los actores intervinientes, el carácter de los incentivos ofrecidos a los bandos en pugna con el propósito de arribar a una paz duradera y el accionar y los objetivos de lo que se ha dado en llamar “el complejo de paz liberal”. Integrado por una multitud de actores –ONU, organismos financieros internacionales, organizaciones regionales, Estados, donantes, organizaciones no gubernamentales–, éste buscó imponer, a través de un accionar multifacético, la condicionalidad de la ayuda al desarrollo como principio rector para desalentar la prosecución de los conflictos. Así, perfiló la agenda internacional de construcción de la paz en la década de los 90, bajo el paraguas del cosmopolitismo como paradigma hegemónico.

Crecimiento sin precedentes

El África subsahariana, amenazada a fines del siglo XX por lo que algunos especialistas denominaron los cuatro jinetes del Apocalipsis (la guerra, el hambre, las epidemias y las catástrofes naturales), vive desde principios del siglo XXI un nuevo ciclo esperanzador, de crecimiento económico. La pacificación de gran parte de los conflictos y la generalización del proceso de democratización –tíbio en sus comienzos e impuesto desde el exterior, se fue afianzando pro-

gresivamente a partir de un redireccionamiento que supo contemplar reclamos y luchas locales–, sumadas a un cambio en el escenario económico internacional, crearon las condiciones para un crecimiento sin precedentes del África subsahariana, compuesto por múltiples dimensiones.

Desde el año 2000, el Producto Interno Bruto (PIB) de la región creció aceleradamente, al 5,9% en promedio, un ritmo superior al de América Latina, que le permitió sortear sin mayores inconvenientes la recesión internacional manifiesta a partir de 2008. Se prevé asimismo un incremento mayor para los próximos años (2). No hay antecedentes de tamaño crecimiento desde los inicios de la independencia de los Estados subsaharianos. Durante los años 60 el promedio anual de crecimiento del PIB de la región había sido del 2,4%; en los 70 –producto del alza de los precios de las materias primas y de una creciente demanda de las mismas por parte de Occidente– se incrementó a un ritmo del 4% anual; en los 80, la abrupta contracción de los precios de sus exportaciones y la crisis de la deuda externa contribuyeron a una retracción del 2,1%, y en los 90, asolada por los conflictos intraestatales, creció tan sólo un 2,4% (3).

Según *The Economist*, seis de las diez economías de más rápido crecimiento en el mundo durante el período 2001-2010 se encuentran en el África subsahariana (4): Angola (11,1%), Nigeria (8,9%), Etiopía (8,4%), Chad (7,9%), Mozambique (7,9%) y Ruanda (7,6%). Este crecimiento estuvo acompañado por el aumento del ingreso per cápita de la población, redundando en un incremento de la clase media subsahariana, que en 2010 representaba un 34% de la población, es decir, unos 355 millones de habitantes. Las mejoras en los índices económicos se proyectaron en el empleo, en el consumo y en mayores nive-

les de desarrollo humano. Durante la primera década del siglo XXI, la fuerza de trabajo del África subsahariana se expandió en 82 millones de personas, según cifras del Banco Mundial (5). Paralelamente, dieciséis países de la región registraron importantes descensos en la tasa de mortalidad infantil. Pero pese a estos auspiciosos indicadores, aún falta recorrer un sinuoso camino para sortear años de postergación, que convirtieron a la mayoría de sus habitantes en los más pobres del mundo. Aún hoy, el África subsahariana alberga el 30% de los pobres del mundo.

Lo novedoso de esta fase de crecimiento es su dinámica y los actores que la potencian. Ciertamente, es insoslayable que, en gran medida, este ciclo de crecimiento se debe al alza en los precios de las riquezas geoestratégicas mineras e hidrocarburíferas que alberga la región. Cabe recordar que el África subsahariana dispone del 95% de las reservas mundiales de platino, el 90% de cromita, la mitad del cobalto mundial, un tercio de la bauxita, alrededor del 80% de las reservas mundiales de coltan y las principales reservas de oro del planeta, además de importantes yacimientos de diamantes, hafnio, hierro, níquel... Asimismo, posee el 10% de las reservas mundiales de petróleo, 16.000 millones de toneladas métricas de reservas de crudo probadas y 500 billones de pies cúbicos de gas. Nuevas prospecciones aseguran que el yacimiento Rovuma en las costas de Mozambique guarda más reservas de gas natural que Libia, mientras que las primeras estimaciones indican que Somalia tiene tanto petróleo como Kuwait. No obstante, el crecimiento también se observa en el dinamismo de sectores vinculados al turismo, la hotelería, la construcción y las comunicaciones, que diversifican las inversiones y al mismo tiempo satisfacen las necesidades de un mercado en crecimiento. A fines de

tierras bajas del país como parte de un plan nacional para arrendar tres millones de hectáreas a inversionistas privados durante los próximos cuatro años. Etiopía tiene más de 74 millones de hectáreas cultivables, de las cuales actualmente se labran únicamente 15 millones. Sin embargo, estas inversiones no están exentas de polémicas en un continente que padece regularmente de hambrunas (ver Baxter, pág. 57).

Por último, el África subsahariana se convirtió en la nueva fuente y destino principal del comercio Sur-Sur. En la última década, casi la mitad de la financiación en infraestructuras del África subsahariana proviene de gobiernos y fondos regionales de otros países del Sur (9). La región, que tras el fin de la disputa Este-Oeste parecía no ser ya un actor importante en las relaciones globales, volvió a situarse en el centro de las mismas a partir del acercamiento a socios no tradicionales. Las grandes potencias emergentes – ante todo China, pero también Brasil e India – se esfuerzan por estrechar sus relaciones con el continente. Mientras que, por su parte, Europa y Estados Unidos procuran establecer agendas renovadas en pos de recuperar el terreno ocupado por los nuevos actores. El África subsahariana debe impedir que se la convierta nuevamente en un terreno de enfrentamiento, esta vez económico. El gran desafío es que los nuevos vientos contribuyan a estabilizar su desarrollo e inserción internacional en condiciones de igualdad y equidad. ■

1. Entre sus máximos exponentes se destacan Georg W. F. Hegel con *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, Herbert Spencer con su teoría del darwinismo social y Joseph Arthur de Gobineau mediante su obra *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*.

2. Datos de la World Economic Outlook Database, FMI, www.imf.org

3. UNCTAD, *Desarrollo económico en África: resultados, perspectivas y cuestiones de política*, ONU, Nueva York/Ginebra, 2001.

4. "Africa's impressive growth", *The Economist*, Londres, 6-1-11.

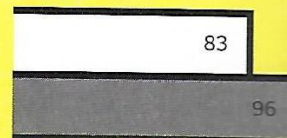
5. Banco Mundial, *Africa Development Indicators 2012/2013*, mayo de 2013.

Tasa de alfabetización (mayores de 15 años, 2007-2010)

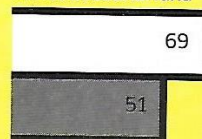
América Latina y el Caribe



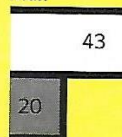
Lesotho



África subsahariana



Malí



■ Varones
■ Mujeres

Durante la primera década del siglo XXI, la fuerza de trabajo en la región se expandió en ochenta y dos millones de personas.

2011, África contaba con 642 millones de conexiones de telefonía móvil, una penetración del 65%, y se estima que en los próximos años será el continente de mayor crecimiento de abonados (6). Asimismo, entre 2009 y 2013 el África subsahariana conoció el más rápido crecimiento mundial de conexiones hogareñas a internet, con un incremento promedio anual del 27% (7). No obstante, la región sigue siendo por lejos la más relegada, con sólo un 7% de hogares conectados, muy lejos del 33% de Asia-Pacífico o del 77% de Europa, que cuenta con la mayor penetración mundial de internet en los hogares. Por otra parte, el alza de precios de los alimentos avivó el interés externo en invertir en la agricultura africana. Según el profesor Calestous Juma de la Universidad de Harvard (8), empresas etíopes cultivarán superficies ociosas en las

6. Marc Biosca, "Opportunities in Africa and Middle East", Mobile World Congress, Barcelona, 28-2-12, www.gsma.com

7. Unión Internacional de Telecomunicaciones (UIT), "The World in 2013, ICT Facts and Figures", UIT, Ginebra, febrero de 2013, www.itu.int

8. Calestous Juma, "El nuevo motor de África", *Finanzas & Desarrollo*, Vol. 48, N° 4, FMI, Washington, diciembre de 2011.

9. PNUD, *Informe sobre Desarrollo Humano 2013. El ascenso del Sur: Progreso humano en un mundo diverso*, Nueva York, 2013, <http://hdr.undp.org/es/>

*Director del Programa de Estudios Africanos del Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba (UNC). Investigador y docente de posgrado en la UNC y en el Instituto de Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de La Plata.

**Coordinadora del Programa de Relaciones Internacionales y Estudios Africanos del Centro de Investigaciones y Estudios sobre Cultura y Sociedad (CIECS, CONICET-UNC). Coordinadora Académica de la Especialización en Estudios Afrolatinoamericanos de la Universidad Nacional de Tres de Febrero (UNTREF).

© Le Monde diplomatique, edición Cono Sur